

CAPITULO XXXVI.

VIAGE A EPIRO, A ACARNANIA, Y A ETOLIA. ORACULO DE DODONA.

SALTO DE LEUCADA.

La Tesalia está separada del Epiro por el monte Pindo; el que pasamos por mas arriba de Gonfi, y entramos en el pais de los Atamanes. Desde allí pudiéramos haber ido al oráculo de Dodona, que no está lejos; pero ademas de que nos hubiera sido necesario pasar por montes cubiertos de nieve, y que el invierno es rigurosísimo en esta ciudad, habíamos visto ya tantos oráculos en Beocia, que nos causaban mas fastidio que diversion. Tomamos pues el partido

de ir á Ambracia por un camino muy corto, pero muy áspero.

Esta ciudad, colonia de los Corintios, está situada cerca del seno que tiene tambien el nombre de Ambracio*. Al poniente de ella corre el rio Areton; al levante hay una colina con una ciudadela. Los muros tienen cerca de veinte y cuatro estadios de circuito**: en lo interior llaman la atencion los templos y otros hermosos monumentos; en lo exterior las fértiles llanuras que se dilatan hasta muy lejos. Nos detuvimos allí algunos días; y tomamos algunas noticias del Epiro.

El monte Pindo al levante, y el seno Ambracio al poniente, separan en cierto modo el Epiro del resto de la Grecia. Lo interior del pais tiene muchas sierras: hácia las costas del mar hay vistas agradables y ricas campiñas. Entre los rios se distinguen el Aqueronte, que entra en una laguna del mismo nombre; y el Cocito, cuyas aguas tienen un sabor desagradable. En este mismo pais hay un parage llamado Aorno ó Averno, de donde salen unos vapores que inficionan el aire. Por estas señas se conoce fácil-

* Este seno es el mismo donde se dió mas adelante la célebre batalla de Accio. Puede verse el plano y descripción de él en las *Memorias de la Academia de bellas letras*, t. XXXII, p. 315.

** Dos mil doscientas sesenta y ocho toesas (13,870 pies de España).

mente el pais en que en otro tiempo pusieron los infiernos. Como el Epiro era entonces la última de las regiones conocidas por la parte del occidente, fué tenida por la region de las tinieblas; pero á proporcion que se han dilatado los límites del mundo por aquella parte, ha mudado el infierno de posicion, y se le ha puesto sucesivamente en Italia y en Iberia, siempre en los sitios donde parece que se apaga la luz del dia.

El Epiro tiene muchos y muy buenos puertos. Entre otras cosas, se sacan de esta provincia, caballos muy veloces, y mastines á que se confia la guarda de los rebaños, y se parecen á los Epirotas, en que se irritan por nada. Hay algunos cuadrúpedos de tamaño prodigioso. Es necesario que esté de pie, ó poco inclinado el que ha de ordeñar las vacas, las que dan muchísima leche.

He oido hablar de una fuente que está en el pais de los Caones. Para sacar la sal, de que están impregnadas sus aguas, las hacen hervir y evaporar. La sal que queda es blanca como la nieve.

Ademas de algunas colonias griegas establecidas en diversas comarcas del Epiro, se distinguen en este pais catorce naciones antiguas, la mayor parte bárbaras, distribuidas en simples aldeas; algunas otras que han estado sujetas á diferentes formas de gobierno, y otras como los

Molosos, que hace nueve siglos obedecen á príncipes de una misma familia. Esta es una de las mas antiguas é ilustres de la Grecia: trae su origen de Pirro, hijo de Aquiles; y sus descendientes han poseido de padres á hijos un trono, que nunca ha experimentado la menor vicisitud. Algunos filósofos atribuyen la duracion de este reino á la corta extension de los Estados que tenia en otro tiempo; pretendiendo que cuanto menor poder tienen los soberanos, es menor su ambicion é inclinacion al despotismo. La estabilidad de este imperio se mantiene por un uso constante: cuando toma un príncipe la corona, se junta la nacion en una de las principales ciudades; y despues de las ceremonias que prescribe la religion, se obligan el soberano y los súbditos por un juramento solemne hecho sobre los altares, uno á reinar segun las leyes, y los otros á defender el trono conforme á las mismas leyes.

Este uso tuvo principio en el último siglo, con motivo de una revolucion ruidosa en el gobierno y costumbres de los Molosos. A la muerte de uno de sus reyes que no dejó mas que un hijo, pensó la nacion que nada podia interesarle tanto como la educacion de este príncipe, y confió este encargo á hombres sabios, quienes tomaron la determinacion de educarle lejos de los placeres y de la adulacion. Lleváronle á Atenas, y en una

república fué donde aprendió los deberes mutuos de los soberanos y súbditos. Cuando volvió á sus Estados, dió un ejemplo grande, diciendo al pueblo: «tengó demasiada autoridad, y quiero «limitarla.» Creó un senado, hizo leyes y nombró magistrados. Las ciencias y las artes no tardaron en florecer á impulsos de su diligencia y de su ejemplo. Suavizáronse las costumbres de los Molosos, que le adoraban, y tomaron sobre las demas naciones bárbaras de Epiro, aquel ascendiente que dan los conocimientos.

La ciudad de Dodona está á una de las partes setentrionales del Epiro. En ella se hallan el templo de Júpiter, y el oráculo mas antiguo de la Grecia. Este oráculo le habia ya en el tiempo en que los habitantes de estas regiones no tenían mas que una idea confusa de la divinidad; y ya desde entonces dirigian sus miradas inquietas á lo-venidero: ¡tan cierto es que el deseo de conocerlo es una de las enfermedades mas antiguas del espíritu humano, así como es una de las mas funestas! Añado que hay otra, que no es menos antigua entre los Griegos, y es la de atribuir á causas sobrenaturales, no solamente los efectos de la naturaleza, sino hasta los usos é instituciones cuyo origen se ignora. El que se toma la molestia de indagar el origen de sus tradiciones, ve que todas van á parar en prodigios. Sin duda fué necesario uno para

instituir el oráculo de Dodona; y ved aqui como lo cuentan las sacerdotisas del templo.

Un día se escaparon de la ciudad de Tebas en Egipto dos palomas negras, y se detuvieron, una en Libia, y otra en Dodona. Habiéndose posado esta última sobre una encina, pronunció estas palabras con voz clara: «instituid aqui un «oráculo en honor de Júpiter.» Lo mismo dijo la otra á los de Libia, y ambas fueron miradas como intérpretes de los dioses. Por absurda que sea esta relacion, parece que tiene algun fundamento real. Los sacerdotes egipcios aseguran que dos sacerdotisas fueron las que en otro tiempo llevaron sus ritos sagrados á Dodona, como tambien á Libia; y en la lengua de los pueblos antiguos de Epiro, la misma palabra que significa la paloma, significa tambien una vieja. Dodona está situada al pie del monte Tómaro, de donde nacen muchísimos manantiales inagotables: debe su gloria y sus riquezas á los extranjeros que vienen á consultar el oráculo. El templo de Júpiter y los pórticos que le rodean, están decorados con innumerables estatuas, y con las ofrendas de casi todos los pueblos de la tierra. Cerca de él campea el bosque sagrado, donde entre los robles de que se compone, hay uno con el nombre de divino ó profético, consagrado de tiempo inmemorial por la piedad de los pueblos.

No lejos del templo hay un manantial, que todos los dias se seca al medio dia, y está en su mayor creciente á media noche; creciendo y menguando todos los dias desde uno de estos puntos al otro. Se dice que presenta otro fenómeno todavía mas particular; y es que no obstante de ser frias sus aguas, y de que apagan las hachas encendidas que se meten en ellas, encienden las que están apagadas, si se acercan á cierta distancia*. La selva de Dodona está rodeada de pantanos; pero el terreno por lo general es fertilísimo, y se ven andar muchos rebaños por sus praderas.

Tres sacerdotisas están encargadas de anunciar las respuestas del oráculo; pero los Beocios las reciben de algunos de los ministros del templo. Habiendo consultado este pueblo en una ocasion al oráculo sobre una empresa que meditaba, respondió la sacerdotisa: « cometed una impiedad, y saldreis bien. » Los Beocios, que sospechaban que ella favorecia á sus enemigos, la arrojaron inmediatamente al fuego, diciendo: « si la sacerdotisa nos engaña, merece la muerte; si dice la verdad, obedecemos al

* Lo mismo se dice poco mas ó menos de una fuente mineral que dista tres leguas de Grenoble, mirada por mucho tiempo como uno de los siete prodigios del Delfinado. Pero ha desaparecido este prodigio, luego que se ha tenido cuidado de examinar la causa.

« oráculo, cometiendo una accion impia. » Las otras dos sacerdotisas procuraron disculpar á su desgraciada compañera, diciendo que el oráculo solamente habia ordenado á los Beocios el hurtar las tripodes sagradas que tenian en su templo, y traerlas al de Júpiter de Dodona. Al mismo tiempo se decidió, que en adelante no responderian á las preguntas de los Beocios. Los dioses descubren sus secretos, de varios modos, á estas sacerdotisas. Algunas veces van estas al bosque sagrado, y poniéndose cerca del arbol profético, atienden, ya sea al susurro de sus hojas, agitadas por el céfiro, ya al gemido de sus ramas, impelidas por los huracanes: Otras veces se paran á la orilla de una fuente que mana al pie de este arbol, á escuchar el ruido que forma el hervidero de sus ondas fugitivas. Perciben diestramente las diferencias de los sonidos que llegan á sus oidos; y mirándolas como presagios de los acaecimientos futuros, las interpretan segun las reglas que se han formado, y mas comunmente segun el interes de los que las consultan.

El mismo método observan para explicar el ruido que resulta dando sobre ciertos platos de cobre, que están colgados al rededor del templo; los cuales están tan juntos, que basta tocar á uno, para ponerlos todos en movimiento. La sacerdotisa, atenta al sonido que se comunica,

se modifica y se debilita, sabe sacar un monton de predicciones de esta armonia confusa.

Aun hay mas todavía. Cerca del templo hay dos columnas: sobre la una está un vaso de bronce, y sobre la otra la figura de un niño que tiene en la mano un látigo de tres cadenitas de bronce, flexibles, y cada cual remata en un boton. Como la ciudad de Dodona está muy expuesta al viento, las cadenas dan contra el vaso casi sin cesar, y causan un sonido que dura largo tiempo: las sacerdotisas pueden calcular su duracion, y valerse de ello para sus designios.

Tambien se consulta al oráculo por medio de suertes. Estas son cédulas ó dados, que se sacan al acaso de una urna. Un dia que los Lacedemonios habian escogido este medio para saber el éxito de una expedicion, saltó un mono del rey de los Molosos sobre la mesa, tiró al suelo la urna, esparramó las suertes; y la sacerdotisa atemorizada exclamó: « que lejos de aspirar los Lacedemonios á la victoria, no debian pensar « sino en su seguridad. » Vueltos á Esparta los diputados, divulgaron esta noticia, y jamas se vió tanto terror en este pueblo de guerreros como entonces.

Los Atenienses conservan muchas respuestas del oráculo de Dodona. Voy á referir una para que se conozca su espíritu.

« Ved aquí lo que el sacerdote de Júpiter prescribe á los Atenienses. Vosotros habeis dejado « pasar el tiempo de los sacrificios y de la diputacion: enviad cuanto antes diputados: que « ademas de los presentes decretados por el « pueblo, vengan á ofrecer nueve bueyes, que « sean buenos para la labranza, acompañado « cada buey con dos ovejas: que presenten á « Dione una mesa de bronce, un buey, y otras « víctimas. »

Esta Dione era hija de Urano; parte con Júpiter el incienso que se quema en el templo de Dodona, y esta asociacion de divinidades, sirve para multiplicar los sacrificios y las ofrendas.

Tales eran las cosas que nos contaban en Ambracia. Entre tanto se acercaba el invierno, y nosotros pensábamos en dejar esta ciudad. Tuvimos noticia de un barco mercante que salia para Neupacto, situada en el golfo de Crisa, en el cual fuimos admitidos como pasajeros; y luego que estuvo seguro el buen tiempo, salimos del puerto y seno de Ambracia. A poco encontramos la península de Leucada, separada del continente por un istmo muy estrecho. Vimos unos marineros que por no dar la vuelta á la península, pasaban el barco á brazo por encima de esta lengua de tierra. Como el nuestro era bastante grande, determinamos seguir las

costas occidentales de Leucada, y llegamos á su extremidad, formada por un monte muy alto, cortado perpendicularmente, sobre cuya cima hay un templo de Apolo, que los marineros descubren y saludan desde lejos. Aquí se ofreció á nuestros ojos una escena capaz de inspirar el mayor horror.

Mientras que un grandísimo número de barcos, se colocaban en círculo al pie del promontorio, muchas gentes subian presurosas al monte. Unos se paraban cerca del templo, y otros trepaban á las puntas de las rocas, como para ser testigos de algun suceso extraordinario. Nada de siniestro anunciaban sus movimientos, y nosotros estábamos con plena confianza, cuando repentinamente vimos sobre otra roca separada, que varios de aquellos hombres cogieron á uno de ellos, y le precipitaron en el mar, en medio de los gritos de alegría que salian, tanto del monte como de los barcos. Este hombre estaba vestido de plumas, y ademas le habian atado algunas aves, que desplegando sus alas, retardaban la caída. Apenas cayó en la mar, cuando los barqueros fueron á toda prisa á su socorro, le sacaron y le prodigaron todo el obsequio que se podría exigir de la amistad mas tierna. Me causó esto tal impresion en el primer momento, que exclamé: ¡bárbaros! ¿de ese modo jugais con la vida de los hombres? Pero los de los

barcos se reian de mi sorpresa é indignacion. Al fin un ciudadano de Ambracia me dijo: «te pueblo que celebra todos los años en semejante dia la fiesta de Apolo, tiene la costumbre de ofrecer á este dios un sacrificio expiatorio, y cargar sobre la cabeza de esta víctima todas las plagas que le amenazan. Para este efecto escoge un hombre que esté condenado á muerte. Rara vez perece en las olas, y después de haberle salvado, se le destierra para siempre de Leucada.»

Mas os admirareis, añadió el ambraciota, cuando sepais la extraña opinion que ha cundido entre los Griegos; y es que el salto de Leucada es remedio efficacísimo contra la pasión del amor. Mas de una vez se ha visto venir á Leucada algunos infelices amantes, subir al promontorio, ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, hacer un voto formal de arrojarse al mar, y precipitarse por sí mismos.

No falta quien diga, que algunos han quedado curados de los males que padecian, y entre otros se cita un ciudadano de Butroton en Epiro, que era propenso á inflamarse por objetos nuevos; el cual se sujetó cuatro veces á esta prueba, y siempre con el mismo éxito. Sin embargo, como la mayor parte de los que han intentado este salto, le han dado sin tomar precauciones para hacer menos rápida su caída, casi todos han

perdido la vida, y ha habido mugeres que han sido víctimas deplorables.

Se enseña en Leucada el sepulcro de Artemisa, de aquella famosa reina de Caria, que dió tantas pruebas de valor en la batalla de Salamina. Dominada de una pasión violenta por un joven que no correspondía á su amor, le sorprendió durmiendo, y le sacó los ojos. Los remordimientos y la desesperacion la llevaron luego á Leucada, donde pereció en las ondas, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvarla.

Tal fué tambien el fin de la desgraciada Safo. Abandonada de su amante Faon, vino aquí buscando alivio á sus penas, y solamente halló la muerte. Estos ejemplares han desacreditado tanto el salto de Leucada, que ya no se ven amantes que se obliguen con votos indiscretos á imitarlos.

Continuando nuestro viage, vimos á la derecha las islas de Itaca y de Cefalonia; á la izquierda las costas de Acarnania. En esta última provincia, hay algunas ciudades considerables, gran número de lugares fortificados, y muchos pueblos de diferente origen; pero asociados en una confederacion general, y casi siempre en guerra con los Etolios sus vecinos, cuyos Estados separa el Aqueloo. Los Acarnanios son fieles á su palabra, y en extremo amantes de su libertad.

Despues de pasar la embocadura del Aqueloo, fuimos costeando un dia entero la Etolia. Este país, en que se hallan campiñas fértiles, está habitado por una nacion guerrera, y dividido en varias poblaciones, que por la mayor parte no son oriundas de la Grecia, y algunas conservan todavía restos de su antigua barbarie, hablando un lenguaje dificultosísimo de entender, manteniéndose de carne cruda, y teniendo sus domicilios en lugares indefensos. Estas diversas poblaciones han reunido sus intereses, formando una grande asociacion semejante á la de los Beocios, Tesalos y Acarnanios. Juntanse todos los años por medio de sus diputados, en la ciudad de Termo, para elegir los gefes que han de gobernar. El fausto que se ostenta en esta asamblea, los juegos, las fiestas, y el concurso de mercaderes y espectadores, la hacen tan lucida como augusta.

Los de Etolia no respetan ni alianzas ni tratados. Desde que se enciende la guerra entre dos naciones vecinas á su país, las dejan debilitarse, caen luego sobre ellas, y les quitan las presas que habian hecho. Llamán á esto *hurtar al ladrón*.

Son muy dados á la pirateria, lo mismo que los Acarnanios y los Locrios Ozolos. Los habitantes de esta costa no ven en esta profesion nada de injusto ni de infame. Este es un resto

de las antiguas costumbres de la Grecia; y por efecto de ellas no dejan las armas aun en tiempo de paz. Su gente de á caballo es muy temible cuando combate cuerpo á cuerpo, pero mucho menos cuando está en batalla ordenada. Se nota enteramente lo contrario entre los Tesalos.

Al este del Aqueloo se hallan leones, como tambien subiendo hácia el norte, hasta el rio Nesto en Tracia. Parece que en este largo espacio, no ocupan sino una lista, limitada por estos dos rios, el primero por el lado del poniente, y el segundo por el de levante. Dicen que no se conocen estos animales en las demas regiones de la Europa.

Al cabo de cuatro dias de navegacion llegamos á Naupacto, ciudad situada al pie de un monte en el pais de los Loerios Ozolos. Vimos en la costa un templo de Neptuno, y muy cerca de él una caverna llena de ofrendas, y consagrada á Venus. Hallamos allí algunas viudas, que iban á pedir á la diosa que les concediese un nuevo esposo.

Al dia siguiente tomamos un barco pequeño, que nos llevó á Pagas, puerto de la Megáride, y desde allí volvimos á Atenas.



CAPITULO XXXVII.

VIAGE A MEGARA . A CORINTO. A SICIONE. Y A ACAYA.

Pasamos el invierno en Atenas, esperando con impaciencia el momento de continuar nuestros viages. Habiendo visto ya las provincias setentrionales de la Grecia, nos faltaba recorrer las del Peloponeso; con cuya mira nos pusimos en camino al comenzar la primavera. *

Despues de pasar por la ciudad de Eleusis, de que hablaré mas adelante, entramos en la Me-

* En el mes de marzo del año 536 antes de J. C.